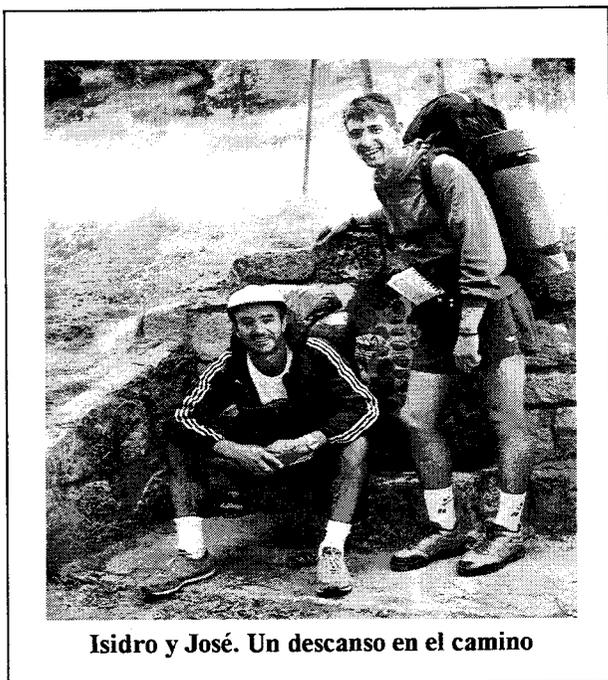


comprar otras, por cierto, en una ferretería. El pueblo está muy bien y tiene mucho arte. Entre otros muchos que llegaron, lo hizo un grupo de jóvenes andaluces a las diez de la noche y embarrados, ¡alguno hasta las orejas! Y menos mal que no cayeron al canal que pasa al lado del camino bastante trecho.

Pero al día siguiente amaneció muy bueno y salimos con dirección a Carrión de los Condes. En Villalcázar, en la misma carretera nos ofrecían vino. Ya en Carrión, nos limitamos a reponer fuerzas y descansar un poco y adelante. Hasta Calzadilla de la Cueva, 16 Km. y pico, llanos y sin ningún pueblo en medio. Se veía una encina a lo lejos y parecía que nunca se llegaba a ella, pero se llegó, y luego a Calzadilla. En muchos albergues hay un hospitalero, que llaman; en otros no hay nadie, como era el caso de este pueblo. Pues bien, cuando llegamos al albergue, estaba



Isidro y José. Un descanso en el camino

indecente, lleno de barro y basura, debido a que el día anterior estuvo lloviendo sin parar. Así pues, no nos quedó otro remedio que limpiar para podernos acomodar un poco. Más tarde, entre otros muchos, llegaron Fernando y Ana; ésta, la pobre, llegó muy mal. No sé si podría seguir, ya no supe más de ellos.

En Terradillos de los Templarios, al día siguiente, otra baja. El amigo Martín se queja de la rodilla y decide quedarse. También dolió el abandono, pero ya digamos había aprendido de Miguel, el alemán, y fue menos doloroso. Seguí con el grupo de Torrelavega, que, aunque se habían quedado en Burgos, nos alcanzaron en Frómista. Y así, como el que no quiere la cosa, entramos en la provincia de León y al poco en Sahagún de Campos; ya casi me encontraba en casa. Seguimos, después de reponer fuerzas, por Calzada del Coto y Bercianos, para llegar al Burgo Ranero, donde hay un buen albergue de adobe muy bien

acondicionado. Allí se llenó y los de las bicis tuvieron que ceder la cama a los de a pie.

He de decir que el camino que va desde Calzada del Coto hasta Mansilla de las Mulas es buenísimo y cuando los árboles crezcan lo será mejor aún. Me enteré más adelante que hay otro trayecto por el monte, pero que la guía no traía. En Mansilla me quedé solo por ir a la Caja, pero ya tenía León a tiro de piedra como se suele decir. Algo antes de llegar a la ciudad se puso a llover con ganas y, como iba solo, pues fui por el sitio más corto al albergue, cerca de la plaza de toros, que está bien por cierto. Yo, como ya conozco la ciudad, no salí del albergue más que para comprar cuatro cosas. Los compañeros llegaron más tarde y lo que más me agradó fue que a todos les gustó la ciudad en sí; y no digamos nada de la catedral.

La salida de la ciudad no fue del todo buena, ya que se encontraban en obras y eso nos dificultó un poco. Pero más adelante me tropiezo con Enrique Fernández, que iba a León, y me dio mucha alegría. Incluso me acompañó un km. o así. Después abandono a los de Torrelavega, ya que mi hermano dijo que saldría a mi encuentro, y con quien me encuentro es con Modesto en Villadangos, que venía de León. Llego a Hospital y Juaco no aparece, pero encuentro fácilmente su coche, le dejo una nota y continúo adelante rumbo a Astorga. Ya en el cruce de Estebañez nos encontramos y... a casa, a Santibañez. Ya había cumplido la segunda meta que me había propuesto; la primera era llegar a la mitad del recorrido, a Sahagún.

Al día siguiente, Juaco me lleva al mismo punto donde me recogió. Pienso encontrarme con el grupo de Torrelavega, pero no los encontré. Y es que después me enteré de que había otro recorrido de Hospital a San Justo por el monte de Villares y Santibañez de Valdeiglesias y es posible que fueran por allí. La entrada de Astorga no es del todo buena, al menos para mí; pero bueno, por ahí uno se defiende bien. Después de sellar sigo ya por terreno conocido. En el Ganso se me suelta un tirante de la mochila y hay que coserla. Yo llevaba utensilios, pero no veía bien a *enfilar* y le pedí a una señora una aguja de lana, la cual me sacó del apuro. Me encuentro por el camino con mucha gente, pero, después de charlar un poco, les dejo, ya que caminaba como una moto y ellos iban muy despacio. En Rabanal del Camino era la hora de comer y había un batallón de gente. Muchos se quedaban a hacer noche, pero otros, incluido yo, optamos por llegar a Manjarín, un pueblo sin habitantes excepto los chicos del albergue, que, dicho sea de paso, fue una sorpresa agradable, ya que decían que no había luz,... en fin, lo ponían un poco mal. Pero había luz y fuego, que por cierto hacía mucha falta, ya que fue un final de verano y principios de otoño muy fríos. También ofrecían comida y bebida, aparte del agua, que había una fuente cerca. Si éramos veinticinco, había 15 ó 17 colchonetas; pero, tumbadas todas ellas, nos repartimos en cama redonda y nos arreglamos todos y todas. Un muchacho, que ya había visto en Villadangos que iba en bici, se nos emborrachó y con otro grupo que durmieron en el piso de arriba, es decir, debajo del tejado, no nos dejaban dormir.

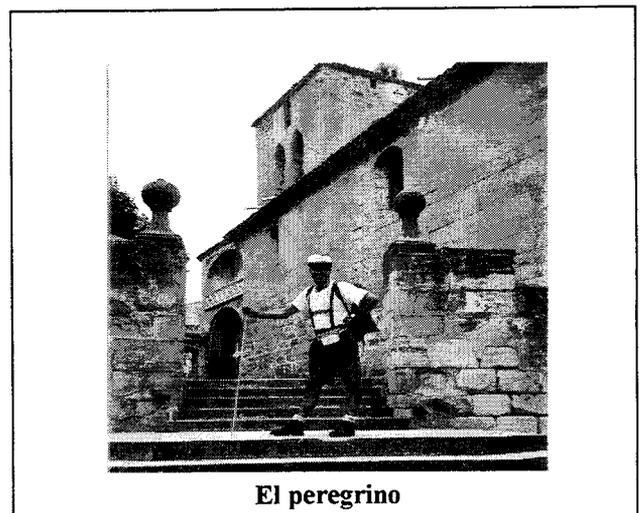
A la mañana siguiente había una ventisca que ni en enero, pero pensé que no duraría mucho; me abrigo y puerto abajo. Fue una pena ver todo quemado. Llegado a Riego de Ambrós, en el bar, me veo con una pareja palentina que iban en bici. Arrancamos juntos y de cuando en cuando les pillaba yo a ellos y luego ellos a mí hasta que mejoró el piso para ellos. A partir de Riego se levantó la niebla y se veía un paisaje de lo más bonito; a ratos se veía Ponferrada. A la salida de Molinaseca había dos opciones. Fui por la que no marcaba la guía, la menos fácil y más larga; así conocí dos pueblos que no conocía, que son Campo y Puente Boeza. Metido de lleno en Ponferrada, conocido para mí, ya que viví allí una larga temporada, me defendí muy bien. Lo que no había visto era la iglesia de La Encina. Fui a verla y me gustó mucho. Después de sellar la credencial, me dirijo a hacerle una visita a mi hermana que vive en esta ciudad. Una vez allí, las religiosas me invitan a comer, cosa que acepto muy gustoso. Mi hermana me acompaña un rato caminando. Hacia Cacabelos voy cruzando todo viñas y no pudo faltar el probar las uvas. En Cacabelos, a la entrada, Prada hace una invitación a todo peregrino; no fui ya que conozco bien La Moncloa, que así se llama el negocio este personaje. Ya en el albergue, que era el polideportivo, coincidí con un valenciano, Joan Prat. Éste sí que fue a la invitación de Prada y quedó muy contento, porque además de vino y agua también les dio torta. La Moncloa le gustó mucho.

Con Joan salimos al día siguiente hacia Villafranca. Este chico era, según me dijo, estudiante de fotografía. Llevaba la cámara colgada del cuello y, lo que le parecía bueno, foto al canto. Salió también de Roncesvalles; llevaba gastados 13 rollos. Entre Portela y Ambasmestas, a la orilla de la carretera, había también invitación de vino. Estaba muy bien montado, ya que debía de ser la agrupación de cosecheros del Bierzo, y allí sí que tomamos. En Ruitelan, el compañero del día vio a una chica del su grupo de Valencia; fue una sorpresa para ambos. Esa chica iba con un grupo que habían empezado en Pamplona, entonces vi que tenían cosas que decirse y les dije: «en O Cebreiro os espero», y les dejé y me fui solo. En Herrerías, me pongo a hablar con un hombre y, al decirle que soy de cerca de La Bañeza, me dice que en Santibáñez de la Isla conoce a dos chicas que pasaron el año anterior y resultaron ser Carmina y Luci. Después de charlar un rato empecé a subir el alto de O Cebreiro y, a medida que iba subiendo y miraba para atrás, lo veía más bonito. Me imagino que el valenciano se gastaría unos cuantos rollos más. Yo había pasado por allí en coche y en bici, pero no es igual; aparte de que, como llovió tanto todo el verano, estaba el paisaje precioso. Lo mejor de todo el recorrido. Ya en O Cebreiro era la hecatombe de la cantidad de gente. El albergue era nuevo, buenísimo y controlado. Entre tanta gente vi a alguien que no había visto: una mujer oriental. En un grupo de chicos/as había una que tenía unas ampollas en un pie y ni ella ni sus compañeros se las pinchaban; entonces se las pinché yo. Y resulta que la chica en cuestión era médica. También allí vi al ciclista que en Manjarín se pimpló y se arrimó a unos que estaban

preparando una cena, ya que allí había cocina. Lo que significa que debía de ser buen gorrón, pues verlo en Villadangos, en Manjarín y en O Cebreiro, él en bici y yo andando...

Salgo de O Cebreiro, como de Manjarín, con niebla y ventisca de puro invierno. Al poco veo a un señor de Guadalajara y, hablando un rato, me dice que en Donillas o Villameca tiene una casa, pero que una vez enviudo no había vuelto. Como tampoco teníamos el mismo ritmo de caminar, le dejo. Después de juntarme con más grupos y echar la parlada de rigor, continuó mi marcha hasta que doy caza a un señor francés. Éste iba de señorito, pues había ido a dormir al hotel de Piedrafita e iba por la carretera y no por el camino pedestre; hablaba español correcto y me dijo que era agricultor. Como del Alto do Poio se baja mucho, me presenté en Triacastela antes de tiempo, ya que pensaba llegar a la hora de comer, y eso que otro tirante de la mochila me volvió a dar la lata y tuve que coserlo de nuevo. Continué sin comer, porque era pronto y no tenía hambre, y sigo por San Gil o San Xil, ya que hay otra ruta por el Monasterio de Samos, por la que suelen ir los que van en bici. Llego a Sarria y me encuentro con más peregrinos y dicen que no se podía alojar uno en el albergue porque se había inundado. Me voy a la Policía Municipal para enterarme mejor y dicen que sí que funciona; pero esto estaba en alto y no quise volver hacia atrás y continué al próximo albergue en Barbadelo, pero estaba lleno hasta el suelo. Algunos grupos ya habían buscado alojamiento en las yerberas de los vecinos del pueblo, pero yo, unido a un grupo de chavalotes, fuimos a buscar otra yerbera. Pero hablaron con la señora que llevaba el albergue y se hizo sitio para todos nosotros. Allí se durmió hasta debajo de la cocina. Yo fui para una habitación en la que no cabía más que yo y allí me instalé para dormir. Por cierto, no había luz porque saltaba al automático. Me puse al lado de unas madrileñas y empezamos a hablar como si nos conociéramos de siempre y lo más curioso fue que ni nos vimos las caras. También hubo algo de pitorreo y los consabidos ronquidos, que esos no faltaron donde había bastante gente.

Continuo con dirección a Portomarín, que es un pueblo nuevo, ya que el viejo lo ha tapado un embalse. Sigo



El peregrino

hacia Palas de Rey. Veo a un chico de Bilbao, llamado Carlos, muy majo. Salió de San Juan de Pie de Puerto un día más tarde que yo y, la verdad, no sé dónde me pudo adelantar, pues este chico me dio noticias de los compañeros que había dejado atrás, entre otros, de Miguel el alemán, que me dijo que continuaba. Este chico había aflojado la marcha, ya que se unió su madre para hacer con él los últimos 100 km. con lo que, según dicen, ya se gana el Jubileo. Poco antes de llegar a Palas, veo a un chico con una guitarra a cuestas. Cuando llego al albergue hay mucha gente haciendo cola. Una vez dentro, nos acomodamos en el suelo y quedó todo ocupado. Era domingo y, entre tanta gente, había un grupo de Gijón que iba con el cura de la parroquia de La Calzada, donde yo estuve hace muchos años viviendo. El cura dijo la misa allí para todo el que quiso, sentados en corro de modo muy natural, y con un tanque de asa para el vino y unos trocitos de pan encima de unas servilletas bastó para una misa muy original. Después de charlar con ellos se liaron a cantar y todo resultó muy agradable. Eso por una parte; en otro compartimento estaban los de la guitarra, que eran andaluces, como es lógico, pues a lo suyo. Pero a buena hora se paró el jolgorio y se pudo dormir bien. No sé con exactitud en qué sitio es, pero en un pueblo el camino pasa debajo de un hórreo.

Salgo de Palas de Rey sin nada mencionable, excepto charlar un poco con la gente que cogías, para llegar a Arca. Último día que duermo fuera, como es de suponer en el suelo hasta que me di cuenta y uní seis sillas, tres cara otras tres. Como eran muy buenas me valieron de colchón. Este albergue es muy bueno y grande, pero era más la gente que lo que podía albergar.

Así, ya sólo quedan 19 km. para llegar a Santiago. Cuando faltan 3 ó 4 km. ya se le veían las torres de la Catedral. Me dije: «ya casi está». Un poco más adelante me veo con unos chicos canarios que iban en bici, a los cuales vi en San Juan de Ortega, que habían llegado el día anterior. Total, que llego a misa a buena hora y a hacer cola para dar el abrazo al patrón y ver funcionar el botafumeiro, que lo hizo muy bien y la gente aplaudió mucho. Luego recogí la Compostelana. Como tenía ganas de cambiarme un poco y dejar la mochila, fui a una residencia de las religiosas de mi hermana. Me presenté y les dije lo que quería y demás. Me ofrecieron lo que necesitaba y, como se acercaba la hora de comer, también me invitaron, a la cual acepté muy gustosamente.

Salí a dar un garbeo por la ciudad y a enterarme de horarios para venirme para casa y, la verdad, parecía que me tiraban de los pies para arriba, porque la diferencia de ir con la mochila a ir sin ella era... abismal. Y así termina esta aventura de 736 km. que dice la guía, aunque yo creo que anduve alguno más en 21 días, los cuales son lo mejor que hecho en mi tiempo libre. Me quedan algunas anécdotas curiosas, pero que no se pueden contar.

No sé si esto llegará a salir en La Veiga. Si es así, con uno al que le haya entretenido y gustado, me dará por satisfecho.

## Historias de mi pueblo: Santibáñez de la Isla

Por PALMIRA MIGUÉLEZ

En 1930 el puente era de madera, las pilastras eran palos clavados de punta y luego unas maderas atravesadas por encima y luego césped. No tenía barandillas y media más o menos 2 metros de ancho. La cantina estaba siempre en el barrio de Palacios y pasaban por él los borrachos y nunca cayó ninguno. Sin embargo, una vez iba la señora Joaquina con Vicenta en brazos y el Padre Segismundo de la mano y cayó una zancada, que así se llamaba de un palo a otro, y el P. Segismundo se le fue de la mano y se fue al río. Entonces mi padre, que estaba allí, se echó al agua y lo sacó; por eso siempre el P. Segismundo le llamaba a mi padre su segundo padre.

Por bajo del puente estaba la presa de La Isla que venía desde la pilastra del lado del campo de fútbol al Marco, que aún tiene una estaca de muestra. Al marco venían a apresar todos los años y, en cuanto embalsaban un poco el agua, se le reventaba la presa y no llegaba el agua ni a la carretera. Y decían que se la reventaban los de Santibáñez y de ahí venían las rencillas entre los dos pueblos.

Por bajo de la presa del Marco estaba la palera del Tío Alejo, que estaba inclinada hacia el río y estaba abierta y era nuestro tobogán. El que era un poco más decidido se subía hasta arriba y marchaba al río; y entonces o nos dejábamos secar la ropa en el cuerpo o cuando íbamos a casa se preparaba... fiesta y teníamos que ir a la cama porque no teníamos otra ropa para cambiarnos.

En el 30 hicieron los proyectos para hacer el puente y en el 31 hicieron las pilastras y, para *debotar* el agua, trajeron un motor de La Bañeza y norias que colocaron en la tablada y, después de *debotado*, creo que sacaron una tonelada de barro muy gordos y alguna *engila* y tencas y de todo.

Y en el 32 hicieron el puente. Eran entonces la Junta Vecinal: Melquiades Martínez, Casimiro Miguélez, Justo Martínez, Pedro Martínez y Eutimio Fuertes.

La inauguración la hicieron en el 33 y donde está el campo de fútbol ahí nos dieron pan, vino y escabeche y luego hubo un gran baile, que tocaba el *ti* Toribio el tamboritero.

Y ese mismo año hicieron los proyectos para el artesiano, que lo hicieron al año siguiente y lo fundearon unos poceros de Villamontán que les llamaban "los Caramelos".



S. Agustín

Noli foras ire. In anima Veritas

No busques fuera. La verdad está dentro de ti.